



Román
Chalbaud

Fuera de cámara
poemas



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

MONTE ÁVILA EDITORES
LATINOAMERICANA

ALTAZOR

FUERA DE CÁMARA POEMAS

Román Chalbaud



MONTE AVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2020

Fuera de cámara. Poemas

© Román Chalbaud

DISEÑO DE PORTADA

Javier Véliz

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Marcos Colina

DIAGRAMACIÓN Y MONTAJE

David J. Arneaud G.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2020

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (0212) 485 0444

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2020001030

ISBN 978-980-01-2124-5

PRESENTACIÓN

En mi vida he leído algunos poemas, sobretodo de Lorca y uno que otro de poetas venezolanos en ejercicios académicos, como simple exploración intelectual. Cuando me encargaron presentar este libro, lo asumí como un golpe de suerte, una posibilidad única para alguien que no es poeta, que no consume usualmente poesía, que probablemente sea un total desconocido en el mundo artístico e intelectual de Venezuela. Aun así puedo decir con total propiedad que soy uno de los realizadores e investigadores de cine venezolano que más conoce la carrera y la persona de Román Chalbaud.

Nos conocimos en 2012, gracias a una entrevista que le hice para una cátedra en la escuela de cine donde estudiaba. Aquel encuentro fue el inicio de una amistad que se mantiene hasta nuestros días; fue mi jefe y mentor en los primeros tres años, luego mi gran amigo con quien compartíamos el gusto por la literatura y principalmente por el cine y ahora que luego de iniciar mi carrera haciendo películas soy casi su biógrafo y productor de su próxima película.

Inicialmente pensé en cómo abordar esta presentación. Casi de inmediato decidí aplicar el pragmatismo como el maestro Chalbaud me ha enseñado. Conozco el texto totalmente pues desempolvamos de un viejo baúl los poemas escritos con tinta que se corría por el tiempo y que los unía un oxidado sujetador.

Al leerlo identifiqué que datan de inicios de la década de los ochenta hasta casi finales de los noventa. Textos que habían sido engavetados al no conseguir quien los publicara en aquella época.

Más de veinte años después tendremos la oportunidad de leer el sentir poético de este artista venezolano que comenzó a escribir poesía desde su juventud, por allá en la década de los cincuenta cuando todo empezaba en nuestro país. Pero que ya en la madurez, decidí seleccionar lo mejor de su periodo más vital como cineasta, dramaturgo y artista en general.

El hombre que escribió estos poemas ya había entregado a la cinematografía nacional clásicos como *La quema de Judas*, *El pez que fuma*, *Caín adolescente* y hasta el guion de *Cuando quiero llorar no lloro*, la película que inaugura uno de los mejores periodos del cine nacional.

Es impactante, leerlos y relacionarlos con los dos momentos en los que el maestro Chalbaud decidió vivir fuera de Venezuela (1981 y 1988), cuando luego de catorce películas se convirtió en el primer cineasta venezolano que se había hecho merecedor de una retrospectiva de toda su obra en un Festival Clase A (San Sebastián, 1985), también etapa en la que dirigió otros clásicos taquilleros como: *Cangrejo*, *Cangrejo II* y su película preferida, la poética *Oveja negra*.

Y esto último, es el rasgo final de lo que hablamos, el sentir del maestro era todo poesía en la Venezuela de 1989, un año en el que comenzó un cambio en la sociedad, y los artistas, pensadores e intelectuales la vivían con introspección, con poesía. Las motiva-

ciones son variadas, pero en la lectura podemos identificarlas fácilmente.

Y aquí con permiso de los poetas, decidimos usar la poesía de lo que descubrimos en el texto; lo que el lector leerá es hueco existencial donde todo individuo cae, a ratos, a veces en un periodo largo, otros, como el maestro Chalbaud por periodos cortos pues su actividad artística era tan movida y dinámica que difícilmente se quedaba en ese estado de ánimo.

La soledad se veía traicionada, por la vitalidad de su ser, por eso la creación y la publicación de este libro, se gestó durante cuarenta años hasta este momento en que el siglo XXI le da libertad. La sombra, el ayer y la infelicidad, el miedo y la melancolía, resucitan a cada rato bajo la lluvia de palabras que componen estos poemas.

Las visiones de la tristeza, hacen de Chalbaud un chamán del pensamiento poético con el que millones de venezolanos pueden decir que son contemporáneos. Desde el hambre del deseo sexual natural del ser humano, pasando por la muerte de la fauna de iguales que componen nuestra sociedad.

Si hemos de buscar el mar, quizá solo consigamos una piedra, lo incomprensible de la vida también la verán reseñadas en las pequeñas cosas de la melancolía y aunque el mar todo lo borra, siempre existirán las apariencias y preguntas sin respuestas, La hoja en blanco, la mañana y la mentira.

Finalmente, para Chalbaud la debilidad no está permitida y volver siempre es una opción épica, a veces, como en aquel tango de Gardel. Mientras que

el entendimiento de dos almas es el pez de ese mar que es el amor y el odio. Aunque si lo reflexionamos a fondo hay un momento donde parece decirnos que la vida era el invierno, así como el *Rosebud del Ciudadano Kane* de Orson Welles.

EDGAR ROCCA
Septiembre, 2020.

1

Por fin en el espacio se abrió un hueco profundo
[desde donde mirarnos.

Estamos asombrados al vernos desde lejos.

Nos contemplamos y somos otros.

No los mismos de ayer, ni de mañana.

Somos estos de ahora.

Es difícil reconocer en estas sombras
[nuestras sombras,

en estas voces nuestras voces.

Son ajenos los cuerpos,

ausentes las palabras,

marchitas las sonrisas.

Cansados nos vemos desde las galaxias.

Nuestro movimiento es tan leve

que parece flotar extraterrestre la imagen tierna
[de lo humano.

Tú estás entre mis brazos.

Alrededor de la guerra.

Yo trato de salvarte.

Los satélites se cruzan

y casi chocan cuando el beso muerde

la carne ajena que es también mi carne.

2

La soledad de la mano arrugada
con el pulso hecho polvo
y la ceniza de fuego entre los dedos.
Mi soledad. Tu soledad. Te la regalo.
Estoy solo, pero no me siento solo.
Al escuchar mi desatino me acompañas.
De aquella soledad que confundiste con temor
te traigo la mentira de mi ausencia.
Te la entrego silenciosamente.
Como corresponde a quien sabe
lo peligroso que es jugar con las palabras.

Los ojos se te van enturbiando.
La mirada baja hasta la quijada.
El pelo se revuelve en la frente
y cae sobre las orejas.
Pareces escuchar, pero piensas en otra cosa.
Me traicionas mientras te hablo.

3

Encuentro sobre la mesa
los mismos objetos que dejé antes de partir.
Algunas hojas se han arrugado
y la tinta se ha volcado sobre ellas.

Pienso que alguien ha estado aquí.
Un amigo quizás.
O un niño travieso que no me conoce.
O una persona que cree conocerme demasiado.

Pero no importa.
Tomo las hojas y las boto por la ventana.
Enderezo el frasco negriazul.
Y escribo nuevamente.
¿Qué escribo?
¿Un poema específicamente?
¿Por qué un poema?
No sé lo que es.
Pero siento la terrible necesidad...
Y el dedo brusco agarra el borde rugoso
Y produce palabras.

4

¿Quieren pensar? Pues piensen.
Yo acostaré mi cuerpo
junto al jubón sonriente
que existe en cada río.
Levantaré las manos hasta el viento
y romperé los vidrios incansables del cielo.
Los montones de espuma de las nubes sembradas
volverán a mi lado,
me gritarán el eco de su feroz rugido
y el miedo
morderá su verruga incendiaria de fuego.

Tendré brazos abiertos para la grama húmeda.
Me arroparé en silencio con su corta pobreza.
Amansaré la hormiga que por pequeña es mansa.
Me asustaré del cielo que por grande es un loco
[escapándose siglos del color del infierno.

Hay infiernos azules
con alcoholes que cantan.
El fósforo es un signo
que se crucificó.

6

Es una sombra grande que cree en el azul
la que se enreda al cuello de la tarde.
Es la espera asoleada que se vuelve silencio
al rayarse la espalda con asombro de mal.
Es una sombra inmensa que tropieza en el negro
y regresa sus ojos al abismo del ser.
Con el león de madejas oyendo junto al árbol
y la raíz de carne que cruje. Amanecer
que finge amor se siente tarde a tarde
en las voces crispadas de los negros paréntesis,
con una astilla verde de cristal en el rostro
perdiéndose en la bruma de sus ojos valientes.
Valientes porque miran sin temor a la sangre
y detienen su marcha para ahuyentar la luz.
No cobardes. El viento les entreteje-solo-
su soledad-paisaje, su soledad-mujer.

Es una sombra alta que se prende en lo rojo
que atienden las espinas al crepúsculo mío.
Sangre de golondrina envenenada-pobre-
que llevaba un mensaje de canto hasta la luna.
Con la gracia cobarde del enano de un reino,
con el mástil lancero del barcón de mis noches.
En el cerebro tibio la idea triste desmaya
y se pierde en la muerte —¡no sé dónde se pierde!—
porque sólo nos queda la simple calavera.
Calaveras azules y verdes nos rodean
desde la eternidad. Siempre en el suelo.

Ayer amaba la misericordia.
Hoy ya no estoy alegre porque siento
sobre mi sangre el peso de mi lucha.
Ayer amaba el aire inexistente
para mis ojos desacostumbrados
a contemplar lo bello.

Hoy lloro, me lastimo.
Anoche tomó forma lo que quiero.
Y tuvo manos para acariciarme
y ojos azules con mirar de cielo,
cabellera de sol y tuvo besos
para mi boca hambrienta.
Fue un amor raro que cercó la noche
acariciante, con temblor de senos.

Hoy debía estar alegre.
Con la risa volando por la selva
enmarañada de mis pensamientos
donde antes hubo cantos solitarios
para el amor que no ha tenido cuerpo.

Pero no estoy feliz. Sollozo. Tiemblo.
El búho de mi amor está afligido
porque encontró la luz de su deseo.

8

Tenía miedo en la noche enferma de luceros.
Mi manantial de besos extinguido en mi brazo.
Eran las soledades vestidas de fantasmas
que me hacían guiños sucios desde el techo.

¿Qué esperaba mi boca angustiada, perdida,
encontrar al vacío de negras telarañas?
Había en el misterio de la luna rincones
embujados en donde esconderse de pronto.

Era sueño. Era hastío. Era un punto de sangre
rodando por mi rostro en mortal agonía.
Mis besos encontrados no besaban amores.
Mil labios besaban soledades.

No sé si fue mi vena de joven angustiado,
pero en la noche grande que me comió a pedazos
yo dibujé mis besos
en la piedra borrosa de la melancolía.

Resucité en la tarde sembrada de agonía,
bajo el olivo grande iluminado de agua,
comí con el cabrito del fondo de la tierra
y bebí sol del brazo perezoso del río.

Las alondras abiertas del espacio me dieron
las alas desplegadas de su mágico vuelo.
Llovió sobre los ojos de nube una mañana
que se volcó en mis manos como una mariposa.

Esta es mi mano. Clara.
Como una oveja triste
que durmiera en la cumbre.
Esta es mi voz, rasgada, preguntando
dónde están mi camino y mi secreto.

Le pregunté al mendigo de mirada imposible
donde dejó su brazo, su harapo y su comida.
Le pregunté a la abeja del sol dónde se anida
y a la calma del mar dónde dejó los barcos.
Nadie me respondió.
Resucité de nuevo sembrado de agonía
bajo el olivo grande que se miró en el río.

Acamparemos pronto. La lluvia se ha colado
por nuestros tibios huesos en forma despiadada.
Un canto de agua joven despertó en nuestra carne
y una ilusión de río navegó en nuestra vena.
Bajo el árbol del hastío, de terciopelos turbios.
Bajo la nube grande que se vació de llanto.
Bajo la tierra húmeda que aún empapa la lluvia.
Bajo el alud silvestre de nuestra propia sombra
caminaremos pronto. La lluvia sigue el cauce
del viento y con el viento revuelve su rapsodia.
No debemos perder nuestro camino manso.
No debemos cruzar con la aventura, rutas
de finos hilos gráciles que mojen nuestras almas.

Acamparemos pronto. Aquí, en el cementerio
la sombra de la duda tiene Ofelias difuntas.
No está el enterrador y las cavernas huecas
no abrazan a los muertos ni son ya sepulturas.
Son abismos piadosos para nuestros milagros.
Son raros escondites para nuestra tristeza.
Si la lluvia está triste y hay que esperar su muerte,
esperemos abajo, dormidos o despiertos,
con la seña del agua goteando desde el aire.

Las visiones de amor que se me nublan
no son caprichos ciegos de mi fango,
son altas torres del castillo mágico,
son palabras sin voz que se me pueblan.

Los gritos de dolor que se me escapan
no son rictus teatrales de mi cauce,
son los rieles de luz por donde nace
el único tren mágico del juego.

Esta desolación y este silencio
no son cartones débiles que engañan.
Búscalos en mi canto, en la maraña
negra y voraz de nuestro extraño encuentro.

Las visiones, los gritos y las pausas
van a hundirse de pronto en mi tristeza.
Es mi propia tristeza.
Deber irme.
Siempre su soledad reinó en mi casa.

El Orinoco es manso
para tu boca triste.
Las aguas de su brazo son amargas,
distintas a las voces mojadas de tu tierra.
El arco de tu magia solloza en los rincones.
Tu palabra maestra se pierde entre la selva.
Es como la sombra de tu luz.

Padeces. Cantas. Buscas.
Encuentras en la barca parsimoniosa un niño
que no sabe pecar como tus hijos.
¿Le enseñarás la letra, la primicia
de los primeros signos? ¿Tu pipa indígena
le ahumará el corazón de corazones?
No sé. El cielo es tuyo.
No siempre brilla.
Está cercado por el cercado de tus soledades.
Las cosechas de amor están perdidas.
El agua no es milagro. Ni la flora
disfrazada por siempre de mendiga.
Ni los indios silvestres que se muestran
contentos de ignorar tu libro abierto.
Eres rey de las cosas, del secreto.
¿Y de quién eres rey? Si tu mandato
se pierde entre la selva
como si no existiera.
El silbato del barco que navega
te recuerda el cemento y la ciudad.

Teníamos el hambre en las narices.
Con la mirada llena de esperanza
corríamos por la nieve casi seca
y por el duro camino hasta las aguas.
Robábamos del sur el pensamiento
del ave que regresa
con su animal fuerza de sed.
Éramos hombres enamorados
del alba y de la madre que nos canta
cuando empezamos a crecer.
Ni el frío, ni el sol nos señalaban.
Mudos los árboles.
Casi cuajados de primaveras mudas.
Teníamos hambre.
El sueño iba desapareciendo.
Con el golpe de la ronca garganta.
Los pocos animales
que rodeaban nuestra cueva
nos gemían sordamente, con dulzura.
Cavaban.
El jadeo caluroso
entraba en las paredes calcinadas.
Las ganas en la tierra
nos abrían los ojos a otro mundo.

Si muriera esta noche terminaría mi canto.
 Flotaría en el crepúsculo mi cadáver de luz.
 Mi osamenta de esperma derretiría el milagro.
 Y cada angustia rota tocaría en cada puerta
 de cristales amargos.
 Mis sueños, mis palabras, mis sollozos de humo,
 mis pasiones, mis manchas se hundirían en el mar.
 Todo el ardor gigante de mis desequilibrios,
 (inmóvil, siempre inmóvil junto a las barricadas del fin)
 sólo sería una mancha de azul.
 ¿Dónde estará mi eco, entonces despoblado
 de sombras y calumnias?
 ¿Dónde mi temor, signo
 de mis contrariedades? ¿Dónde mis brazos pálidos
 sin uvas, ni caminos?
 Si muriera esta noche en mis sueños (más que sueños
 [mentiras gigantescas, mentiras para amarme])
 reposarían esclavos de un dios indiferente
 que no mueve la mano hacia la tierra.
 Si muriera, mis ojos ya no leerían.
 Mi sangre coagulada tendría válvulas apretadas
 en contra de mi furia.
 Mis ilusiones mansas de hacer bien, los piadosos
 engaños que en la casa de algún dios rezaría, callados,
 [taponados, con grandes trapos mudos].
 No vería, no hablaría, no pensaría en mi cielo,
 ni en mi tierra. Mi infierno de aventuras amargas
 se quemaría a sí mismo;
 las llamas más adultas de mi cruel paganismo

sólo tendría bagazos al calor de su lengua.
Mis versos, mis apuntes, mis memorias, presentes
de que viví algún día, colgarían de los árboles
otoñados con muerte.
¿A qué parcela triste
de las podridas hojas su espectro bajaría?
Las hojas más hermosas, sin aire, sin pulmones,
cargadas en los féretros de todos los temores;
quemadas por los cirios de todos los entierros
silentes; los silencios que hay en todas las muertes.
Mi muerte. Oye mi muerte.
¡Ah, caminante! Recoge la semilla de los hombres
que aún viven y hazla crecer a prisa. ¡Vas a morir!
La noche se abalanza.
El murciélago manso de la cansada muerte
cruzaré los espacios que no cruzaste en vida.
Si yo muero esta noche tendré cal en los labios,
algodones marchitos taponando mis ojos,
huracanes inmóviles dentro de mis oídos.
Mis sueños, mis amores, mis dulces ambiciones,
mi corazón sediento, ¿Dónde entonces?
¡Abridme cien puertas de esperanza!
Si muriera esta noche ¿Quién lloraría por mí ?

Por fin el búho en el ancla.
Por fin el suave viento acobardado
y la tímida luz que se arrincona.
El mar pequeño dentro de la luna.
La luna mansa sobre las balandras.
Es un cuento sin voz que se me afina
en el pulso y que sueña mi garganta.

Por fin el búho en el ancla
esperando la sombra de los muelles,
incierto cuerpo oscuro doblemente convertido
[en espejo de ese fondo.
Como si en la profundidad de algunas aguas
no hubiera sino luz que de repente
permitiera atrapar todas las algas.

Esta es mi voz. El ancla.
Se apodera de todas mis palabras
mientras el búho de luz sangrante esconde
mi canto y mi dolor bajo sus alas.
Oprime suavemente, y en el pecho
erizado de plumas inocentes,
con su celo no sabe que me mata.

Esta es mi oscuridad.
Nadie comprende
mi soledad amarga. Mi neblina.

Los niños saltan por la orilla
buscando los gusanos de seda
que tejen la superficie del mundo.

Los perros nos persiguen
lamiendo las heridas del tiempo
a través de bozales inclementes.

Todavía llueve hierba y habla el lobo.
Mañana no habrá luz, ni lejanía.
Un cercano horizonte de penumbras
rodeará con sus brazos las cadenas.

Una sola prisión para el esclavo.
Serpientes mansas. Leones dormidos.
El zapato de acero pisará los gusanos.
Amo y sirvientes iguales en sus trampas.

Si he de buscar auroras al pie de los helechos
han de ser simples luces producidas por ríos
que han dejado sus huellas
de agua en las finas hojas.

Si he de buscar milagros al pie de mi agonía
encontraré algún pozo sin luz y sin destino
que tenga pequeños animales con quejas sin consuelo.

Si he de buscar el sol sobre la cumbre rota
encontraré la madre del manantial mareado
que convierte su hilo en un brazo de hierba.

Todo conduce al agua. Mi destino es el agua.
Voy al mar, a los ríos, a las fuentes y pozos,
a las quebradas mansas, a los lagos pacíficos.

El agua es la respuesta para mi extraña angustia.
El agua como lluvia o como fiera o como grito.
Ahogaré mi dolor en la curva más próxima y secreta.

Mi palabra es de agua. Mi dolor es de piedra.
No puedo conseguir esperanzas. Me ahogaré vivamente.
Cruzaré los caminos más hondos. En el mar.

Nos buscamos ansiosos
en las palabras más sencillas.
No sabemos decir pan con la humildad del hombre
que busca el pan y no lo tiene,
gritamos pan con el dolor de las mujeres
que buscan tela para su amargura.
Decimos pan en grito. Lloramos.
Somos infieles a la piedra errante
que rueda dentro de nuestro corazón.

Hay una piedra pequeña, sin forma, sin color,
que está presa y navega en nuestra sangre.
Rueda por las venas con la inquietud de un niño
que buscará jilgueros y encontrará en el bosque
gusanos mudos para su alegría.
Esa piedra que estorba, que desdice, que ronca,
que maldice, que grita, que se ahoga,
que rompe los caminos de la carne,
que se estrella en el lugar oculto del alma,
no tiene nombre.
Está hecha de aurora y de impaciencia.
Es luz y oscuridad. Es viva imagen del dolor.
Y transforma la alegría en muerte o sueño.

Ha de rodar la piedra secreta en el abismo.
Ha de saltar desde el lugar más blando.
Hasta dejarnos tranquilos para siempre
sobre una tierra muda que nada sabrá de nuestro llanto.

Posiblemente estaba detrás de las montañas.
No se veía la luz y la neblina
cubría el verde azulado de la tarde.
Un fino hilo de lluvia se mezclaba
con la voz del torrente
y el temblor ronco y sordo de la tierra.
Soledad que asustaba en el espacio virgen.
Precipicios, cataratas, vacíos.
Del volcán palpitante a la selva tupida.
La serpiente enrollada en la hojarasca.
La raíz milenaria tropezando en el hueso
del primer dinosaurio.
El hombre desnudo mordiendo el ave viva.
El aleteo de sangre. El primer crimen.

No puedo estar. Y estaba.
La sombra del aceite era una lágrima
y el líquido veía lo que el ojo lloraba.
En el andén me iba.
Cuando el tren regresaba.
Pasajeros ajenos
brotando de los rieles me empujaban.
El abrigo manchado, el bastón ciego. La inyección.
La sonrisa senil de la dulzura,
el violento silencio del carruaje.
Todo iba destinado
como un solo paquete sin destino.
Apresurado el hierro,
chispas y claroscuros.
Montaña de calor del frío guardado.
Misericordia de la niña negra.
La brusca sacudida. La voz extraña.
La garganta seca.
El freno es una sombra
que se desliza más allá del túnel.

No puedo hablar.
Estaba la palabra encendida
y se apagó una letra
cambiándole el sentido.
Sigo la ruta de tus viejos pasos
contra el viejo enemigo
que congela el recuerdo de un abismo
de caras angustiadas.
Es otro invierno.
Está otra nieve.
Otro pino ridículo.
No aquél que tocaste de un golpe
y volviste más verde
cuando el blanco resbaló por las hojas
y se convirtió en agua.
Te tragabas el mundo
con el aliento joven que brotaba
de ti, de tu boca, de tu lengua.

¿Qué puedo hacer si la esperanza cuelga
sobre el río que pasó
como una sábana recién lavada
que nadie va a recoger?
Saltando sobre las piedras va el camino
seguro de su encuentro con el agua.
Lo que no sabe es si al llegar los pasos
van a nadar hasta el lejano horizonte
o habrá un naufragio de pisadas.
Pista no quedará ninguna.
El mar todo lo borra.

¿Qué vas a hacer?

¿Te quedas en la esquina o caminas conmigo?

No es lo mismo. Puedo enseñarte pasos,
espacios diferentes. Es peligroso, es cierto.

Pero el rincón de tanto arrinconarse
se llenó de polillas

y se va a transformar en ciego closet.

Quiero salir a conquistar el mundo
y camino veloz la calle solitaria,
los rostros solos, la palabra ajena.
Me aturdo alegre con el tren ruidoso,
la escalera cuyo final ignoro,
la vitrina brillante.
Cuando el cansancio de los pies me dice
que el alma fatigada desea la soledad,
vuelvo entonces al cuarto, a las cuatro paredes.
No hay nada.
Sin embargo, en la mesa me llama la atención
la cara lisa de una hoja blanca de papel.
Y de pronto...
como un gesto veloz hago una mancha
que repentina se transforma en palabra.
Y comienza realmente la conquista.

Miro la mañana a través de la negra persiana
japonesa,
el cúmulo de nieve emblanquece el paisaje
de edificios alargados y chatos
que se alzan, se echan,
en alados o bordos movimientos felinos.
Un humo gris como una mariposa
se mezcla con las nubes.
El sol atraviesa los cristales amargos.
El ruido es un dibujo que se prolonga ronco.
Mis ojos húmedos miran alrededor del lecho:
libros abiertos, viejos periódicos abandonados,
revistas y zapatos, platos con restos de comida.

El cigarrillo se alarga con el brazo.
En el techo blanco y vacío se cuelga el pensamiento.

Estuve detenido buscándome.
Miré hacia atrás y no reconocí
ni mi tamaño, ni mi fuerza,
menos aún mi tibia debilidad
que me llena de tranquilo reposo
bajo la manta cálida.

Miré hacia adelante y solo ví
la calle de nieve emparamada
(Mérida vs. Washington square)
lo divertido de lo parroquial
paseando las casas de Henry James
y los jardines del oro colombiano.

Miré hacia un lado y me encontré a mí mismo
reflejado en el cristal de una ventana:
viejo brotando del abrigo y niño
brotando del invierno ajeno.

La madurez es mentira del gusano.

Para entender el gesto picaresco del negro
que alza la carretilla humeante
sobre la calle empapada,
tienes que preguntar primero
si su inglés es el mismo de Mark Twain
[o de Richard Pryot.

Ninguna palabra es delicada
como tampoco el gestual rito
de gracia, lumbre y alma.

Pero de pronto y en el subterráneo,
dolorosa la costra,
me encuentro envuelta la mirada inocente
clamando por brotar lágrima o sueño.
¡Cuánta distancia planetaria
entre el llanto y la imaginación!
¡Cuánta ternura perdida
en la construcción de muros de contención!

No debes dejar una rendija
por donde se escape la debilidad,
ni una gota de la debilidad.
Aunque no tengas nada.
Tratarán de quitarte tu nada que es tu todo.

Había cruzado el mar
con la brazada rápida del sueño
que vuelve a despertar
la humedad inquietante de la almohada.
Había mirado el horizonte
con el ojo cerrado y adivino
que pretende saltar
la distancia imposible del olvido.
Se había enrollado
en la tela amarilla de la noche,
un amarillo de hoja muerta,
de cristal sucio.
Daba vueltas
y el colchón giraba como un circo
en agobiante círculo sin forma.
Volver... volver...
Volver al sueño o volver a la vida.
Un impulso feroz por despertar,
y al mismo tiempo, un ansia de dormir eternamente.
Las almohadas recogen los cabellos
[que destilan la miel de los sudores.
Quiere hundir en la pluma endurecida
los pensamientos torvos.
Pretende atravesar el mundo
desconocido de la noche.

Está hablando en inglés
y me parece
que me habla en español.
Entiendo la sonrisa sencilla
que me entrega sincera su mirada.
El muro de la lengua
lo derrumba
con su confianza diáfana.
Alarga un brazo y logra tocar mi mano
que resplandece.
Acerca su mirada, luego su cara
luego su boca...
y nos besamos.

Estamos de acuerdo en dormir juntos,
pero no nos hemos puesto de acuerdo
en despertar juntos.

Eso, en cualquier idioma, ¡es tan difícil!

¿No estarán los hombres como los peces,
encerrados en un mundo
aparentemente transparente?

En algunas peceras sólo están las medusas,
las algas y los líquenes.

¿O es que los pescados se han escondido
detrás de las piedras que los hombres
pusieron en el agua para alegrar su celda?

Hay un profundo amor en el desprecio,
una incesante búsqueda del fuego
en la herida mortal que el odio causa
cuando bajan los fluidos al infierno.

El calor tembloroso de la carne,
placer y enfermedad al mismo tiempo,
desprende su cosecha en el camino
misterioso y vital de su trayecto.

Entra en tu ser desconocida máscara
disfrazada de éxtasis.
Crees tocar lo sublime
y se te doblan las articulaciones
hasta acabar hincado en cuatro patas
como un cerdo embutido de luz.

Hoy me vi en el reflejo del tren
estacionado en Luxemburgo
y me di cuenta de que sí sabes mi edad.
Me dijiste 48,
pero tú sabes que son 61.
No hay casi arrugas en el vidrio,
alguna que otra cana,
pero se adivina una sabiduría,
una calma,
una interrogación,
una ecuación matemática
cuyo resultado no son 48 sino 61.

Te voy a perder pronto.
Tú tienes 27.
 $61 - 27 = 34$.
Te voy a perder cuando tú tengas 34
entonces yo tendré 68.
Momento en el cual no me podrás decir
que yo tengo 55.
Aunque eres capaz.
Yo te conozco.

El vidrio del tren ya no me refleja.
Hay un paisaje.
Se ve tan poca gente en las estaciones.
Está empezando el invierno
y las mujeres dicen:
«En Milán debe estar haciendo mucho frío»
yo me arropo en mí mismo.
El tren se detiene en Colmar.
No estaba marcado que así fuera.
Cuando se detuvo
unos pájaros merodearon tu figura.
La única figura en el andén solitario.
En la próxima parada: Basel,
me pregunto: «¿Qué te hiciste?»
¿Por qué el tren huyó de pronto?
¿No se dio cuenta el maquinista
que tú querías subirte y sentarte a mi lado?
Ha podido detenerse un minuto más.
Después de todo
no se han respetado estrictamente los horarios.

ÍNDICE

1. El hueco
2. La soledad traicionada
3. La creación de este libro
4. La Libertad
5. VACÍO III
6. La sombra
7. El ayer y la infelicidad
8. El miedo y la melancolía
9. Resucité
10. Bajo la lluvia
11. Las visiones de la tristeza
12. VACÍO II
13. VACÍO III
14. Chamán
15. Teníamos hambre
16. Mi muerte
17. Por fin
18. La fauna de iguales
19. Si he de buscar el Mar
20. La piedra
21. Las posibilidades de un crimen
22. Incomprensible
23. Las pequeñas cosas de la Melancolía
24. El mar todo lo borra
25. Apariencias y preguntas
26. La hoja en Blanco
27. Una mañana
28. La mentira del Gusano
29. La pregunta
30. La debilidad

31. Volver
32. El entendimiento de dos almas
33. Los peces
34. El amor y el odio
35. La nomenclatura del amor
36. La vida era el invierno.

Fuera de cámara. Poemas

Se imprimió en el mes de noviembre de 2020
en los talleres de la
Fundación Imprenta de la Cultura
Guatire, Edo. Miranda, Venezuela
Son 5000 ejemplares

Fuera de cámara

Quién escribe es un ser ampliamente conocido por todos los venezolanos. Es alguien que se las sabe todas y una más en cuanto a la imagen, la luz, el encuadre, los actores. Pero aquí toma cuerpo otra cosa: «Esta es mi voz. El ancla». Se trata de abrirse y explorar el lenguaje (esa otra forma de arte), sus cadencias, ritmo, modulación, impostación: «Esta es mi voz, rasgada, preguntando/ dónde están mi camino y mi secreto». Se intenta hablar en sordina, como quien reza, como quien encontró la llave tonal para dirigirse y oír y conversar con todo lo creado, acerca de lo sido, de recuerdos, de amores, de una infancia siempre presente, de ceses y rupturas, de adioses, en fin, de una vida vivida a plenitud: «Es un cuento sin voz que se me afina/ en el pulso y que sueña mi garganta».

Román Chalbaud

Román José Chalbaud Quintero (Mérida, 1931). Dramaturgo y director de teatro, cine y televisión. El primer largometraje dirigido por Chalbaud, *Cain adolescente* (1959), fue una adaptación de su primera obra de teatro. Desde entonces ha dirigido más de veinte largometrajes y muy exitosas y trascendentes series de televisión. Títulos como *Sagrado y obsceno* (1976), *El pez que fuma* (1977), *La oveja negra* (1987), *Cangrejo* (1982) y *Cangrejo II* (1984), llegando hasta *La planta Insolente* (2017) constituyen verdaderos hitos en tan vasta filmografía. Conjuntamente con José Ignacio Cabrujas e Isaac Chocrón fueron bautizados como «la Santísima Trinidad del teatro venezolano». En 1984 recibió el Premio Nacional de Teatro y en 1991 el Premio Nacional de Cine.

